

La grandeza más in-
mensa que se puede
concebir y contemplar

POR EL

Doctor Manuel de la Vega y Arango

Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia

PRIMERA EDICION

SEGOVIA. — IMP. DE CARLOS MARTIN

La grandeza más in-
mensa que se puede
concebir y contemplar

POR EL

Doctor Manuel de la Vega y Arango

Médico de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Segovia

PRIMERA EDICION

SEGOVIA. - IMP. DE CARLOS MARTIN

ES PROPIEDAD
DEL AUTOR

AL LECTOR:

Otro libro que, aunque pequeño por ser mío, tiene todos los fervores y entusiasmos salidos de mi alma. En él, hablo del Creador, de sus grandezas, de sus misericordias, de su sabiduría; en él, describo sus obras admirables; en él, desfilan los filósofos, los poetas y los santos; en él, en fin, retrato todos los atributos de Dios.

Mi espíritu religioso, se ensancha hablando del Creador; mis potencias se elevan, mi corazón late violentamente y se emociona con las maravillas de Dios.

Yo, sólo aspiro a encender en los corazones, una hoguera de amor, un volcán de afectos, un mundo de sentimientos inefables.

Por bien pagado me daré, si mis lectores se enfervorizan con estas consideraciones que hago, y muy dichoso seré también si al leer estas páginas, cantan conmigo las misericordias de Dios.

EL AUTOR.

DIOS CREADOR



RECEN y se desarrollan las plantas y las flores, se reproducen los animales, cumpliendo así las sabias disposiciones del Creador. Los mundos, hacen su alabanza;

los mares y los ríos entonan también un himno al autor de tantas maravillas.

¡Qué grande es Dios! ¡Qué inmenso!

Cuando el hombre contempla extasiado la creación, no puede menos de exclamar: ¡Qué es ésto que tanto me embelesa, qué linaje de cosas me habla del buen Dios! ¡Adorémosle, bendigamos su nombre; postrémonos ante su imponente majestad!

Tienen las cosas de la naturaleza tal poder, que al contemplarlas, se siente inefable

satisfacción. Penetran de tal modo en nuestro ser, que se llena uno de inmensa alegría. Los hombres grandes por sus virtudes y su saber, vuelven los ojos al Dios de las misericordias, y le hablan rendidos de amor, porque ese Dios inmenso e incomprensible, les enajena y subyuga, le ven siempre, le admiran y se postran de rodillas orando con fervor grandísimo y confesándole.

No es posible pensar en Dios sin amarle; tiene un atractivo tal, que se complace uno, sin poderlo remediar, en cantar un poema de adoración al Ser Supremo autor de tantas grandezas como ha creado.

Sin Dios, nada se puede concebir ni ejecutar; sin Dios, todo es pequeño; con Dios, todo es grande.

El inmenso San Agustín decía: Nos hiciste, Señor, para tí e inquieto estará nuestro corazón hasta que descanse en tí. Fecisti nos Domine at te es inquietum ests coor nostrum, donet requiescat in te.

Y en otro pasaje añade: Qui fecit te, sine te non salvavit te sine te. El que te creó sin tí, no te salvará sin tí, es decir, si tú no cooperas a ello. Esto es sublime y encantador, a la par que consuela.

El sapientísimo Padre Fray Tomás de la Cámara y Castro, en una de sus obras, hablando de la armonía de los cielos, decía:

«Los hombres de seso y filosofía, los poetas de inspiración y entusiasmo, mejor dicho, toda persona sencilla o avisada, pero de nobleza y sensibilidad, a la vista admirable de los cielos de tanta majestad y armonía encantadora, prorrumpe en variados afectos de asombro y pasmo; y con tan acordada música, mezcla instintivamente su acento alabando a Dios autor de la grande maravilla.»

¡Qué salmos; himnos y odas sublimes y magníficas no han hecho brotar de pechos sencillos el sol y las estrellas, los raudales de luz, así como el silencio y serenidad de la noche, las rosas y alegría de la aurora, la des-

pedida y caída de la tarde, y especialmente el conjunto armonioso y orden en extremo acompasado y sucesivo de tanto portentoso!...

Unos, ven en la azulada bóveda, sembrada de oro y pedrería, el rico templo de la grandeza de Dios; otros, el espejo purísimo, donde admiran retratado el esplendor de la gloria divina; y todos, una obra acabada de mil primores, muestra de la grandeza y brillo de su magnificencia y poder.

Entona el salmista sus cánticos diciendo:

Cœli enarrant gloriam Dei, et opera manus ejus annuntiat firmamentum... y tomándole de la boca estas sublimes canciones, decía en nuestro hermoso romance el notabilísimo vate Fray Luis de León:

Los cielos dan pregones de tu gloria.

Anuncia el estrellado tus proezas.

Los días te componen larga historia.

Las noches manifiestan tus grandezas.

.....

Contemplaba el ascético P. Granada los cielos estrellados y ponderaba:

Si la noche fuera serena, abra (el justo) los ojos a mirar la hermosura de los cielos, y el resplandor de la luna y de las estrellas; y mira todas estas cosas con ojos diferentes, y con otros muy diferentes gozos. Míralas como a unas muestras de la hermosura del Creador, como a espejos de su gloria, como a unos intérpretes y mensajeros que le traen nuevas de él, como a unos dechados vivos de sus perfecciones y gracias, y como presentes y dones que el Esposo envía a su Esposa para enamorarla y entretenerla hasta el día que se hayan de tomar las manos y celebrarse aquel eterno casamiento en el cielo. Todo el mundo le es un libro que le parece que habla siempre de Dios y una carta mensajera que su amado le envía y un largo proceso y testimonio de amor.

Razona el filósofo y expone: La razón natural basta para conocer que hay un Dios

creador del cielo y de la tierra; porque vemos un palacio muy grande, muy hermoso, alhajado con magnífica riqueza y adornado con exquisito primor, ¿no diríamos que es un insensato el que afirmase que aquel palacio, aquellas alhajas, aquellos adornos, nadie les ha fabricado y ordenado? Pues bien, el mundo es este magnífico palacio; el sol le ilumina de día, la luna por la noche; el cielo poblado de estrellas, la tierra de hombres, de animales y plantas; el mar y los ríos de peces; el aire de aves; las estaciones se suceden unas a otras con orden admirable; en las entrañas de la tierra se halla el oro, la plata, todos los metales y las piedras preciosas; y en un mundo de tanta riqueza, tanta hermosura y maravilla, ¿no ha de existir un Señor que le haya criado y ordenado?

.....

Sublime de toda sublimidad es este pensamiento del grande hablista castizo e inimitable Granada. No se puede decir cosa mejor,

Los naturalistas sapientes, hablan del Creador con elocuencia grande. Kepler, Newton, Amper y muchos más, se extasían ante la imponente majestad y grandeza de Dios. ¡Conforta el espíritu esta manifestación de fe de estos grandes hombres!

Verdad incontestable es Dios y autor de todo cuanto existe visible e invisible.

Esos mundos que no alcanzan a descubrir los mejores y más perfectos telescopios, son obra de Dios. ¡Cuánta maravilla creó y todo para el hombre! Y ya no es posible alcanzar los arcanos de Dios; ya el hombre se encuentra imposibilitado para ver todo lo que hizo con sabiduría infinita; ya no tiene más remedio que exclamar con nuestro gran poeta español Zorrilla:

No hay más que un solo Dios.

El, solo es grande, solo infinito omnipotente

[solo,

Nada hay que para ser no le demande

[licencia,

El, premia la virtud, castiga el dolo,
El premio envía o el azote blande
Y cosa no hay por elevada u honda
Que a su mirada universal se esconda.

Dios, es el que es, y, nada más. Dios es infinito e incomprensible. El hombre no puede concebir ni imaginar nada sin Él. Es grande y sublime penetrar en sus secretos; al hombre no le queda más recurso que adorarle, venerarle y postrarse de hinojos, ante su majestad soberana e infinita.

Servir a Dios como le sirvieron los santos, vivir en El, con El y para El. Esto, esto y nada más debe de hacer el hombre ante su Creador y anonadarse.

Virtudes, sacrificios, abnegaciones como las tuvieron San Pedro Alcántara y San Francisco de Asís, el pobrecillo fraile menor que llevaba un hábito pardo, aquel hombre todo de Dios.

El marqués de Lozoya, mi cultísimo amigo don Juan de Contreras y López de Ayala,

decía de San Francisco estos versos encantadores:

Camino de Compostela
Sendero claro de estrellas,
Que señalas en los cielos
La vía de Compostela.
La vía de Compostela,
Va siguiendo un peregrino;
Decidme si le encontraste
A lo largo del camino.
A lo largo del camino,
Va un frailecito andariego;
Su faz parece de cera
Y en los ojos lleva fuego.
En los ojos lleva fuego,
Del que arde en su corazón.
Le cubre un hábito pardo
Ceñido con un cordón
Ceñido con un cordón.
Va el cuerpo mortificado.
Su rostro, recuerda el rostro
De Cristo crucificado.

De Cristo crucificado
Es el fraile tan amante,
Que ríe y llora de amores
Por el camino adelante.
Por el camino adelante,
Se detiene en las fontanas.
Hermanas, llama a sus linfas
Y a las aves llama hermanas.
A las aves llama hermanas,
Y ellas comen en su mano;
Hermanos, llama a los lobos
Y al mismo sol llama hermano.
Al mismo sol llama hermano,
Del que arde en el medio día;
Cantando como un juglar,
Hace el romero su vía.
Hace el romero su vía
Por el camino francés.
¡Dichosas tierras de España
Que en tus senderos le ves!
Que en tus senderos le ves
Por tus campos y tus villas

De Navarra hasta Santiago
Pasando por las Castillas.
Pasando por las Castillas
Bendijo su tierra llana
Por desnuda y por austera,
La tomó por franciscana.
La tomó por franciscana,
Al ver sus campos de erial,
Pobres, como sus conventos,
Pardos como su sayal.
Pardos como su sayal,
Que van dejando una estela
De amores y de fervores
Camino de Compostela.
¡Camino de Compostela,
Llévamele bueno y salvo,
Clara senda de luceros
Caminito de Santiago!

Unos versos sentimentales como del Marqués de Lozoya, un hombre que infunde tranquilidades, caballeroso, digno, culto, y sobre todo cristiano de los de antes. Desde



aquí quiero tributarle mi homenaje de cariño y admiración.

Volviendo al pobrecillo de Asís, quiero decir que como hombre todo de Dios, era abnegado, sufrido y penitente. No tenía pecados, ¡qué habría de tener, si era un ángel! Refiere San Alfonso María de Ligorio en una de sus obras, que un día estaba San Francisco de Asís en su lecho atormentado de dolores; díjole el compañero que le servía: Padre, rogad a Dios que os aligere de este trabajo y no os asiente tanto la mano.

Al oír esto el santo, inmediatamente saltó del lecho, y arrodillado en el suelo, se puso a dar gracias a Dios por aquellos dolores; y luego, volviéndose al compañero le dijo: «Oid bien; si yo no supiera que habéis hablado por sencillez, no quisiera veros más.»

¿No es esto propio de un San Francisco de Asís? Raya en la sublimidad. ¡Como que era un hombre todo de Dios! Creo que no

ha habido ningún santo que haya amado más a Dios.

Estaba endiosado, tenía su corazón inflamado de amor a Dios. Todos los Franciscanos han sido grandes santos, todos han tenido fervores infinitos, todos han rivalizado en entonar himnos de amor a Dios. Santa Teresa de Jesús, decía: que «¡sólo Dios basta!» y así es la verdad.

San Agustín, en sus soliloquios, habla con Dios, se enajena, se extasía, se llena de amor. ¡Oh qué pesar tenía el sapientísimo San Agustín al recordar su vida pasada! ¡Cómo se alababa de haber ofendido a Dios; qué designios amorosos tenía aquel corazón ardiente, cómo se purificaba su conciencia haciendo actos de amor a Dios el que tanto le había ofendido en sus días de pecador! Su madre, su madre del alma, aquella Santa Mónica, lloró mucho por su hijo cuando estaba extraviado y aquellas lágrimas salidas del alma, alcanzaron de Dios el perdón de su

hijo y tornó a ser lo que su bendita madre anhelaba con tan vivísimas ansias. San Ambrosio, obispo de Milán, le dijo a su madre: esas lágrimas no pueden por menos de alcanzar el arrepentimiento y la conversión de Agustín. Así fué.

Benditas lágrimas y benditas oraciones. La oración es el medio seguro de llegar a Dios, de interesarle, de obligarle a prodigar sus gracias. Ninguno que ore, se condenará, dice San Alfonso María de Liguorio, ninguno. Y esta afirmación que hace el santo, es tan segura que más no puede ser. ¡Oración, oración y oración!

Y ahora, pido a mis lectores una oración fervorosa por mí y los míos. Yo también oraré por los que me hacen el honor de leer este pobre libro que Dios me ha inspirado y deseo me alcance mi salvación eterna.

LAUS DEO

*Se acabó de imprimir este
libro en la Imprenta de
Carlos Martín Crespo
en el año del Señor
de 1936*

ferna 129